

**LA INTEGRACIÓN DE LAS MIRADAS: COLABORACIÓN
Y AMISTAD DE LOS VIAJEROS JOSÉ CUERVO Y J.M.
GUTIÉRREZ DE ALBA EN LA COLOMBIA DEL SIGLO XIX**

César Augusto Espitia Pedreros (UNILA)
cesarletrasespanhol@gmail.com

Diego Chozas Ruiz-Belloso (UNILA)
diego.belloso@unila.edu.br

RESUMEN

En 1870, las circunstancias reunieron en Colombia a dos autores muy diferentes: el dramaturgo y político español José María Gutiérrez de Alba, y el sacerdote y naturalista colombiano José Romualdo Cuervo Rubiano. Ambos formaron parte de la Expedición a los Llanos de San Martín que a Cuervo acabó costándole la vida. Las huellas textuales de la amistad entre ambos viajeros constituyen un documento valioso que prueba la posibilidad de un entendimiento intercultural que trasciende nacionalidades e ideologías.

Palabras clave:

Gutiérrez de Alba. Romualdo Cuervo Rubiano. Literatura de viaje.

RESUMO

Em 1870, as circunstâncias reuniram dois autores muito diferentes na Colômbia: o dramaturgo e político espanhol José María Gutiérrez de Alba e o padre e naturalista colombiano José Romualdo Cuervo Rubiano. Ambos fizeram parte da Expedição aos Llanos de San Martín que acabou custando a vida de Cuervo. Os vestígios textuais da amizade entre os dois viajantes constituem um documento valioso que comprova a possibilidade de uma compreensão intercultural que transcende nacionalidades e ideologias.

Palavras-chave:

Gutierrez de Alba. Romualdo Cuervo Rubiano. Literatura de viagem.

1. Introdução

Se ha afirmado que el siglo XIX fue una verdadera “edad de oro” de la literatura de viaje (Cf. HOBBSAWM, 2007, p. 72) tanto por la cantidad de obras publicadas en forma de libro y en publicaciones periódicas como por la gran demanda del público lector. Es la época de Speke y Livingstone, cuyos pasos por el continente africano se seguían con avidez en todo Occidente.

El prestigio social de la figura del viajero se venía afianzando desde el siglo XVIII y alcanzó el auge de su visibilidad a lo largo del siglo XIX. El viajero prototípico era una mezcla de sabio y aventurero y solía ser retratado en los grabados decimonónicos rodeado por una naturaleza exuberante y ataviado con una indumentaria especial (ropa de viaje, con botas, sombrero y rifle). Este personaje cristalizó con tal eficacia en el imaginario popular que pasó a poblar las ficciones durante mucho tiempo. La saga cinematográfica dedicada al héroe Indiana Jones, cuya última película fue estrenada en 2023, aún nos recuerda claramente a este atractivo personaje forjado en el siglo XIX.

No obstante, en la segunda mitad del siglo XIX surgió un nuevo tipo de viajero que ya despertó controversia en su tiempo: la aplicación del vapor a la navegación y al ferrocarril facilitó y abarató mucho los viajes, circunstancia que permitió la aparición del turista. Al viaje con fines prácticos se añadía ahora el novedoso viaje de placer. A los viajeros tradicionales (militares, científicos, comerciantes, religiosos) se sumaban ahora personas muy variadas que incluían artistas, periodistas y escritores, y los nuevos viajeros daban lugar a una nueva forma de textos de viaje, más literarios, más ligeros, atentos sobre todo a las experiencias subjetivas. Surgían así las llamadas “impresiones de viaje”, criticadas por los defensores de la tradición anterior, que preferían las obras sólidamente fundamentadas.

Además, a fines del siglo XX, Mary Louise Pratt (2010) sometió a revisión la figura del viajero tradicional, del explorador científico, en su libro *Ojos imperiales*, en el que se afirma que los naturalistas europeos que recorrían África y América eran agentes indirectos de la colonización material y económica y además imponían una visión eurocéntrica del mundo. Sin embargo, los científicos americanos que viajaron por sus propios países después de las independencias no tienen cabida en la obra de Pratt. Apenas se habla de algunos escritores criollos que, marcados por la transculturación y herederos intelectuales de Humboldt, procedieron a una autoinvencción europeizante de las nuevas repúblicas americanas. Está por hacer, pues, el contraste de los puntos de vista y las motivaciones de los científicos americanos y europeos que viajaron por América Latina en la segunda mitad del siglo XIX, a lo que puede contribuir en alguna medida el presente trabajo.

Las páginas que siguen se centran en el encuentro y la amistad de dos viajeros muy diferentes que coincidieron en la Colombia del siglo XIX: uno es español, el otro colombiano; uno es poeta y político, el otro

sacerdote y naturalista. Son José María Gutiérrez de Alba y José Romualdo Cuervo Rubiano, el cura Cuervo.

2. Cuervo Rubiano y su descenso al Hoyo del Viento

José Romualdo Cuervo Rubiano (1801–1871) fue un viajero singular, pues su condición de sacerdote no le impidió el estudio concienzudo de las ciencias naturales ni participar en expediciones por las regiones menos exploradas de la Colombia de su tiempo, entonces conocida como Nueva Granada⁶. Llegó a ser calificado de “intrépido” debido a que, en varias ocasiones, puso en riesgo su vida para lograr hitos científicos. Los más sonados fueron el descenso del Salto del Tequendama descolgado en una mochila o petaca de cuero y, sobre todo, el descenso hasta el fondo del Hoyo del Viento en una canastilla. A decir verdad, su muerte fue consecuencia de una de sus aventuras, pues en su última expedición a los Llanos de San Martín, en la que iba acompañado por Gutiérrez de Alba, contrajo unas fiebres fatales que acabaron con su vida al cabo de algunos meses.

Algunos años después de la muerte del sacerdote, su amigo, el escritor costumbrista colombiano José Caicedo Rojas, escribió un texto biográfico que fue incluido primero en *Repertorio Colombiano*, en 1878, y posteriormente en el libro *Apuntes de ranchería y otros escritos escogidos*, de 1945. Sabemos por Caicedo que Cuervo Rubiano nació en el pequeño municipio de Guachetá, y que se ordenó como sacerdote en el año 1828 a los 26 años después de haber realizado estudios de gramática, filosofía, teología y derecho canónico en el Colegio Mayor de San Bartolomé de la ciudad de Bogotá. Sus estudios en derecho canónico le permitieron ser nombrado capellán del Hospicio y más tarde, en 1854, capellán y profesor del colegio católico Sagrado Corazón de Jesús. Además, emprendió numerosos viajes por la geografía colombiana de los que regresaba cargado de todo tipo de objetos y muestras. Caicedo nos cuenta que la casa de Romualdo Cuervo se convirtió con el tiempo en un verdadero museo, repleta como estaba de ejemplares disecados de la flora y la fauna colombianas, de muestras de minerales y de objetos indígenas de notable interés antropológico.

Por fin, Caicedo se detiene en la narración de la aventura más conocida que protagonizó Cuervo: el descenso al Hoyo del Viento u Hoyo

⁶ Nueva Granada pasó a llamarse oficialmente “Estados Unidos de Colombia” desde 1863, y mantendría este nombre hasta 1886.

del Aire, singularidad geológica formada de paredes rocosas de impresionante altura y profundidad que sigue guardando en nuestros días el enigma de su formación. A tal punto que, quienes osan visitarlo y descender a él casi de la misma manera que lo hizo el cura Cuervo hace más de dos siglos, alcanzan a pensar que este particular “abismo” (como lo llamó Gutiérrez de Alba) se formó en aquel lugar de Colombia como consecuencia del impacto de un meteorito.

Cuervo describió el fenómeno con estas palabras:

El Hoyo del Viento queda a cuatro horas de Vélez, entre los pueblos de Chipatá, La Paz y Aguada.

Esta sorprendente maravilla consiste en una profundidad hecha por la naturaleza, sin que la mano del hombre haya concurrido en lo mínimo a su formación. Sus paredes, formadas de fuertes rocas, ofrecen un punto de vista admirable. Casi todas son perpendiculares; pero en uno que otro punto hay prominencias, coronadas de arbustos, paja y musgo. El contorno de la boca está casi todo cubierto de arbustos de distintos tamaños.

El viajero que visita esta extraña mansión de las guacamayas, pericos y torcazas, cuando llega por primera vez a la parte más alta, descubre desde el borde el centro, cubierto al parecer de arbustos, los cuales se hallan a una profundidad de 228 varas. Queda por algunos momentos como estático, y hiélasele la sangre al ver que una caída le daría muerte instantánea y horrosa. La figura presenta un polígono irregular de 12 lados, con un diámetro de 170 varas, medido desde los ángulos más salientes. (CUERVO, 1866, p. 204)

Caicedo cita extensamente la narración del propio cura Cuervo, que puede leerse completa en el tomo III de la obra *Museo de Cuadros de Costumbres*, de 1866.

Corría el mes de julio de 1851, y Cuervo acompañaba en la ocasión al matemático francés Aimé Bergeron⁷, que se había propuesto bajar al fondo del Hoyo para tomar medidas, y “para esto mandó hacer un aparato de madera, que figuraba una mesa vuelta al revés, sostenida por dos fuertes arcos de hierro, un cable y una garrucha, todo de mucha seguridad y capaz de contener a varias personas” (CUERVO, 1866, p. 204). El 22 de julio alcanzaron el Hoyo, pero el 25, tras dedicar algunos días a ajustes técnicos, el que finalmente descendió fue Romualdo Cuervo, pues Bergeron se

⁷ Matemático francés que llegara a Colombia en el año 1848 luego del llamado del gobierno colombiano con la intención de liderar la enseñanza de las matemáticas como profesor del colegio militar ubicado en la capital de este país. Y quien, además, durante su estancia en Colombia, viaja al norte con la intención de visitar y tomar medidas exactas del Hoyo del Viento.

despertó indispuerto esa mañana, y lo hizo en una barquilla, mucho más leve que la compleja máquina original.

A los 11 y 10 minutos, hora en que el termómetro de Reamur marcaba 18 grados, entré en una pequeña barquilla [...], y dada la voz convenida, empecé la barquilla a bajar suavemente hasta una ceja de la muralla, en donde salté a tierra, para cortar algunos arbustos que impedían el libre descenso. Volví a entrar, hice con una pequeña bandera la señal convenida, y volví la barquilla a descender gradualmente. De allí en adelante la barquilla queda separada de la muralla, por la concavidad que hay, y entonces es cuando se enfría la sangre al verse uno ya lejos de la altura, tan distante del suelo, y sin otro apoyo que la barquilla. Confieso que sí es preciso tener mucha firmeza para hacer este aéreo viaje (CUERVO, 1866, p. 204)

Solo después de tres cuartos de hora Cuervo alcanza el fondo de aquella “horrible maravilla (...) donde se forma idea del poder y magnificencia del Supremo Artífice” (CUERVO, 1866, p. 205). Dice además Cuervo Rubiano que, nada más pisar el fondo de la sima, dio gracias a Dios por haberle concedido ver lo que deseaba hacía tanto tiempo, de lo que se colige que el descenso del cura Cuervo no fue fortuito o accidental, sino planeado: con toda probabilidad, aunque Bergeron hubiera bajado primero, Cuervo lo hubiera seguido en un descenso posterior. La retirada del francés transfirió al religioso la oportunidad de ser el primer ser humano que hollaba ese paraje recóndito. En efecto, leemos: “(...), empezando mi examen, no hallé en tierra ni bajo los alares de la muralla, la más mínima indicación de que los indígenas hubiesen pisado aquel suelo” (CUERVO, 1866, p. 206).

Una hora y media después, tras realizar sus observaciones, Cuervo embarca nuevamente en la barquilla y emprende el regreso hacia el borde del Hoyo. En este camino de vuelta aún tendría que enfrentarse a un nuevo peligro, pues en un momento dado la barquilla se puso a dar vueltas sobre sí misma. Por fortuna, la barquilla acabó por estabilizarse, y en media hora de ascenso Romualdo Cuervo alcanzó la boca del Hoyo, donde recibió las cálidas felicitaciones de la pequeña multitud allí congregada.

Además de esta y otras hazañas, Caicedo recoge en su biografía anécdotas y conversaciones cotidianas de este “sacerdote ilustrado”. Destacaremos apenas una que puede darnos alguna pista importante sobre el carácter y las motivaciones de Cuervo Rubiano: en cierta ocasión, ante el comentario de alguien sobre lo trabajoso que era alcanzar la gloria, el cura Cuervo respondió: “Una y otra gloria son difíciles de conseguir, pero yo no busco la de este mundo, aunque sí deseo la de mi patria” (CAICEDO, 1945, p. 355), palabras que revelan una ideología nacionalista que

emparenta al sacerdote con muchos escritores colombianos de su tiempo (Cf. CHOZAS; ESPITIA, 2020).

Pocos meses antes de escribir la biografía de Cuervo Rubiano, Caicedo visitó la tumba del religioso, situada en el cementerio de la pequeña localidad donde había fallecido: Lenguazaque. Para sorpresa de Caicedo, en la tumba había un epitafio, seis versos que lo conmovieron y que se apresuró a copiar en su cartera. Son estos:

Consuelo en la aflicción, del pobre egida,
Sacerdote ejemplar, modesto sabio,
hizo en su santa y meritoria vida
A muchos beneficios, a nadie agravio
Fueron sus días largos y serenos,
y su muerte, la muerte de los buenos.

3. José María Gutiérrez de Alba y su trato con el cura Cuervo

José María Gutiérrez de Alba nació en Alcalá de Guadaíra, sur de España, en 1822. Fue el mayor de once hermanos en una familia de agricultores enriquecidos (Cf. CAMPOS, 2015, p. 24). A los nueve años se trasladó a Sevilla para proseguir sus estudios con los padres de la Compañía de Jesús, y allí permaneció dos años. Tras estancias en Aranjuez y en su localidad natal, regresó a Sevilla, donde estudió Filosofía durante tres años e inició estudios de Derecho. A partir del tercer curso de Jurisprudencia empezó a dedicar la mayor parte de su energía a la actividad literaria.

En 1843, cuando contaba con 21 años, publicó su primer poema en una revista local, y desde entonces colaboraría asiduamente en la prensa sevillana. En 1844 estrenó con bastante éxito su primera pieza teatral (Cf. CAMPOS, 2015, pp. 43-4), y aunque posteriormente publicó libros de varios géneros, el teatro se convirtió pronto en su actividad predominante. En 1848 fue a Madrid con la disculpa de finalizar sus estudios en Derecho, pero ya en febrero estrenó el drama *Diego Corrientes o el bandido generoso* con el que obtuvo un rotundo éxito, primero en Madrid, y después en otras ciudades españolas, consagrándose, así como dramaturgo. A lo largo de su vida, según la bibliografía reunida por Campos Díaz, Gutiérrez de Alba escribiría más de 60 piezas para teatro (Cf. CAMPOS, 2015, p. 259-268). Paralelamente, desde su juventud, desarrolló una intensa actividad política, apoyando al partido liberal progresista español y participando en los principales acontecimientos de su tiempo, como la revolución de 1868.

El cambio de gobierno forzado por la revolución del 68 propició las circunstancias que llevarían a Gutiérrez de Alba a Colombia. El autor había defendido que el momento era adecuado para reatar las relaciones con las antiguas colonias, y este posicionamiento fue decisivo para que a fines de 1869 se le nombrara agente confidencial del gobierno español para los asuntos de Nueva Granada. Su misión reservada consistía, por una parte, en averiguar por qué la nueva república no realizaba movimientos para establecer relaciones con la antigua metrópoli. Debía también estudiar la situación de los inmigrantes españoles en Colombia, así como verificar el estado del comercio indirecto que se realizaba con España a través de Cuba y Puerto Rico, prestando especial atención al mercado editorial.

Partió hacia América en enero de 1870. En los periódicos españoles se anunció que Gutiérrez de Alba emprendía un “viaje de estudios” (CAMPOS, 2015, p. 141)⁸. Tras dos meses en Puerto Rico, en abril pisaba suelo colombiano, y el 18 de mayo llegó por fin a Bogotá. Allí fue inmediatamente acogido por el círculo literario del Mosaico⁹, grupo de escritores que muy pronto lo invitó a conocer el Salto del Tequendama, excursión que el autor español recogería en un texto en prosa y que también le inspiró un poema (Cf. CHOZAS; ESPITIA, 2020).

Podemos conjeturar que en esta excursión Gutiérrez de Alba oyó hablar por primera vez del cura Cuervo, que se había descolgado por la cascada pocos años antes¹⁰, y también es probable que un miembro del Mosaico los presentara personalmente poco después. El inicio de la respetuosa y cálida amistad entre Gutiérrez de Alba y Romualdo Cuervo tuvo lugar, por tanto, en la segunda mitad de 1870, y sin duda fue reflejada en

⁸ No obstante, el poeta colombiano José María Vergara y Vergara, en su artículo “El Salto de Tequendama” publicado en *La Ilustración Española y Americana* el 25 de agosto de 1871, afirmaría sin empacho que Gutiérrez de Alba “viaja hoy por las repúblicas hispanoamericanas con una misión confidencial”. Semejante afirmación en una de las revistas españolas más importantes de su tiempo nos permite entender que el papel de Gutiérrez de Alba estaba lejos de ser el de un espía o un agente secreto.

⁹ “Con fecha 27 de mayo, poco más de una semana después de su llegada, recibió una carta de José María Samper para invitarle al día siguiente a una sesión de las reuniones literarias “El Mosaico”, que se celebraban en su casa y a las que asistían escritores colombianos como Manuel Pombo, Ricardo Carrasquilla, José María Quijano, José Joaquín Borda o Jorge Isaacs”. (CAMPOS, 2015, p. 155)

¹⁰ Juan Francisco Ortiz narra esta peripecia como reciente en el texto “El Salto del Tequendama”, publicado en 1866 en *Museo de Cuadros de Costumbres*.

alguno de los tomos lamentablemente perdidos de la gran obra de viajes del español, *Impresiones de un viaje a América*¹¹.

La primera mención de Romualdo Cuervo la encontramos al principio del tomo V; se trata del inicio de la narración del viaje a los Llanos de San Martín, liderado por el religioso colombiano entre enero y marzo de 1871, y dice: “el intrépido e infatigable Dr. Romualdo Cuervo, a quien ya conocen mis lectores, a pesar de sus 69 años, era el que más contento se mostraba y el que nos sobrepujo a todos en actividad para hacer sus preparativos” (GUTIÉRREZ DE ALBA, 2016, V, p. 2). El azar quiso, así, que estas pinceladas descriptivas, que nos muestran un personaje animoso, feliz ante la perspectiva del viaje, sirvieran de presentación del cura Cuervo para los lectores de hoy. Esta primera impresión, de persona inquieta física e intelectualmente, se confirma algunas páginas después, donde leemos: “Antes de salir el sol nos levantamos todos, y ya el Dr. Cuervo se había ido a celebrar misa a Girardot” (GUTIÉRREZ DE ALBA, 2016, V, p. 21).

Interesa destacar especialmente el empleo del calificativo “intrépido” para hablar del religioso, justificado por sus sonados y arriesgados descensos por el Salto del Tequendama y el Hoyo del Viento. Por supuesto, Gutiérrez de Alba conocía la gesta del descenso al Hoyo del Viento del cura Cuervo, lo que confirman algunas líneas que el español escribió con ocasión de su visita al fenómeno geológico en 1872, al año siguiente de la muerte del amigo:

Por la dificultad de proporcionarse aparatos para el descenso, no hay noticias de que, hasta ahora, o por lo menos en épocas recientes, haya bajado persona alguna hasta su fondo, excepto mi respetable y desgraciado amigo el Dr. Romualdo Cuervo, que tomó medidas exactas de aquella profunda sima, y escribió sobre ella una ligera Memoria. (GUTIÉRREZ DE ALBA, 2016, VI, p. 118)

Lo mismo constatan algunos versos incluidos en el poema que Gutiérrez de Alba le dedicó a Cuervo tras la muerte de este: “Ya del Hoyo profundo, / A cuyo fondo impávido bajaste, / El secreto sabrás, que ignora el mundo” (GUTIÉRREZ DE ALBA, 2016, VI, p. 10). El propio hecho de que Gutiérrez de Alba incluyera el Hoyo del Aire en el itinerario de su

¹¹ Los tomos perdidos son el II, el III y el IV. Los tomos conservados se pueden consultar en línea desde la excelente página web sobre la obra financiada por el Banco de la República: <https://www.banrepcultural.org/impresiones-de-un-viaje/>. En adelante citaremos esta edición digital, más concretamente las transcripciones facilitadas.

expedición al norte de Colombia en 1872 bien puede entenderse como un homenaje y como una forma de seguir los pasos del admirado amigo.

La intrepidez de Cuervo y su estudio atento de las ciencias naturales lo aproxima al personaje mitificado del viajero decimonónico, figura que fascinaba a todo Occidente y despertaba deseos de emulación. Tras media vida dedicado a la literatura y a la política, en su viaje a Colombia Gutiérrez de Alba tuvo la oportunidad de aproximarse a uno de estos admirados personajes y convertirse él mismo, bajo el ala de Cuervo, en uno de los aventureros que poblaban las páginas de los periódicos y los libros. La aproximación al cura Cuervo por parte de Gutiérrez de Alba, sin embargo, pronto superó el estereotipo legendario y alcanzó a la persona de carne y hueso. En este sentido, hay en *Impresiones de un viaje a América* un pasaje muy elocuente sobre la personalidad de Cuervo que recogeremos por extenso:

El bueno del Dr. Cuervo, que no había dejado de conversar con los indios, valiéndose de las pocas palabras que de su dialecto comprendía, en lo cual le ayudaba con buena voluntad del taita Joaquín, sirviéndole de intérprete, nos dijo que después de la comida íbamos a presenciar un espectáculo conmovedor, por el cual se mostraba de antemano muy contento: este espectáculo era el bautismo de siete indiecitos de ambos sexos, de tres a siete años, cuyos padres habían consentido ya en someterlos a la ceremonia, no sé si por complacernos, sin comprender su importancia, o indiferentes por un acto que les era de todo punto incomprensible.

[...] Por indicación del Dr. Cuervo, tocóme ser padrino de tres de las siete criaturas que inconscientemente iban a ingresar en el gremio de la Iglesia Católica; y digo inconscientemente, porque ni ellos ni sus padres sabían entonces ni quizás sabrán nunca la verdadera significación del sacramento que se les administraba. Yo traté de hacer sobre ello al Dr. algunas observaciones, para que meditara si era o no conveniente aquel acto piadoso sin preparación previa y sin instrucción alguna; pero, al ver el entusiasmo de aquel anciano tan noble y bondadoso, que creía ganar nada menos que siete almas para la gloria, preferí mantenerme en una prudente reserva y contribuí gustoso a aquel, sólo para nosotros, solemne acto. (GUTIÉRREZ DE ALBA, 2016, V, p. 93-5)

Aunque desde la perspectiva actual vemos en la inocua ceremonia descrita la vanguardia de la aculturación de esos indígenas, la escena nos dice mucho sobre las motivaciones y el carácter del personaje, que no estaba en misión evangelizadora, sino que lideraba en esos momentos una expedición científica por encargo del gobierno colombiano. Y lo que nos interesa destacar ahora es la impresión que causó en Gutiérrez de Alba el candor del religioso. Gutiérrez de Alba, que a lo largo de su vida mantuvo posturas anticlericales y bastantes reservas ante las creencias católicas (Cf.

CAMPOS, 2015, p. 25), respeta la pureza de intenciones de su reciente amigo, por el que muestra en el texto una abierta simpatía.

El afecto del español hacia el anciano explorador se hace patente sobre todo en las reiteradas manifestaciones de preocupación por la salud de Cuervo Rubiano, quien ya a finales de enero contrajo las fiebres que acabarían con su vida. Leemos en el libro de Gutiérrez de Alba:

Esta noche hemos tenido un grave disgusto: el Dr. Cuervo se ha sentido algo enfermo; efecto quizás de su mojadura en el Tigre. Esto nos tiene en extremo cuidadosos; porque en una persona de su edad la naturaleza, por vigorosa que sea, carece de fuerzas para luchar con las enfermedades, y mucho más donde hay tan pocos recursos. (GUTIÉRREZ DE ALBA, 2016, V, p. 57)

El 19 de febrero se anuncia: “El Dr. Cuervo ha sido atacado otra vez por la fiebre” (GUTIÉRREZ DE ALBA, 2016, V, p. 109), y al día siguiente Gutiérrez escribe: “Continúa la enfermedad del Dr. Cuervo, que nos tiene profundamente alarmados” (GUTIÉRREZ DE ALBA, 2016, V, p. 110). El 28 de febrero, Gutiérrez de Alba se separa de la expedición y se despide de Cuervo para regresar a Bogotá.

En el poema dedicado a la memoria de Cuervo, Gutiérrez de Alba recogió en algunos versos el gozo de esos días de expedición y el peligro de la fiebre mortal:

Yo fui contigo, intrépido viajero,
A visitar la espléndida llanura
Que riega el Meta y baña el Orinoco.
Admirando tu aliento denodado,
Crucé contigo el áspero sendero
De enormes precipicios rodeado;
Y, de entusiasmo loco,
Dormí contento en la húmeda espesura,
Que es de fiebre mortal perenne foco.
Juntos, pasando el bramador torrente,
Trepamos a las crestas
De montañas por siempre inexploradas;
Y en tan feliz y próspero viaje,
Bajo el ardiente sol que nos quemaba,
Visitamos la choza del salvaje.

¡Quién entonces pensara, pobre amigo,
Que la muerte traidora
Con su agudo puñal tu pecho hería!
Yo de tus esperanzas fui testigo,
Cuando ya de salvarte las perdía;
Porque la fiebre lenta y destructora
Minaba paso a paso tu existencia,

Círculo Fluminense de Estudos Filológicos e Linguísticos

¡Mártir de la virtud y la ciencia!

El 21 de marzo de 1871, 14 días después de terminada la excursión a los Llanos de San Martín, Gutiérrez de Alba, se entera de que “(...) compañeros de expedición han regresado de Villavicencio, trayendo grave aún a nuestro anciano amigo el Dr. Romualdo Cuervo, cuya salud nos inspira más que nunca serios y fundados temores” (GUTIÉRREZ DE ALBA, 2016, VI, p. 3).

En la entrada del 20 de abril, Gutiérrez revela que lleva un tiempo visitando a diario al amigo enfermo:

El Dr. Cuervo continúa enfermo de bastante gravedad, aunque los médicos tienen esperanzas de salvarlo. Mi visita diaria parece complacerle mucho y paso a su lado algunas horas con el mismo interés que si me hallase al lado de una persona de las más queridas de mi familia. (GUTIÉRREZ DE ALBA, 2016, VI, p. 24)

En la elegía dedicada a Cuervo, Gutiérrez de Alba relata la última de sus visitas, antes de que el español emprendiera un nuevo viaje:

Al apartarme un día de tu lado,
Tu mano descarnada me tendiste;
Yo la estreché de pena devorado;
Con respeto profundo
La besé; ¡estaba helada, helada, ay triste!
Y al darme aquel adiós, que nunca olvido,
Me alejé persuadido
De escuchar el adiós de un moribundo.

Posiblemente, esta última despedida tuvo lugar pocos días antes del 7 de agosto de 1871, fecha en que Gutiérrez de Alba inicia su expedición al Tolima, ya plenamente restablecido de unas violentas fiebres que lo mantuvieron postrado durante todo el mes de junio.

En la entrada del 25 de agosto, Gutiérrez de Alba anota en su diario de viaje la noticia del fallecimiento de Cuervo Rubiano:

A eso del mediodía ha llegado de Bogotá un caballero, por el cual he sabido la triste y para mí desconsoladora nueva de la muerte de uno de mis mejores amigos. El Dr. Romualdo Cuervo, el infatigable investigador de los secretos de la Naturaleza, el intrépido viajero, que recorrió en diferentes ocasiones los lugares menos explorados de Colombia, consagrado siempre a un estudio de fecundos resultados para su patria, acaba de pagar el común tributo a la Naturaleza, cuando se dirigía a uno de los puntos más agradables del Estado de Boyacá en busca del restablecimiento de su salud profundamente quebrantada. (GUTIÉRREZ DE ALBA, 2016, VI, p. 86)

El autor español también relató en verso este episodio en la elegía que le dedicó a Cuervo:

Por contemplar también el gran prodigio
De que me hablabas siempre entusiasmado
Cruzaba yo los llanos del Tolima,
Ya admirando en un fósil el vestigio
De una época remota;
Ya la cadena rota
De la altiva montaña
Que al nevado gigante se aproxima,
Cuando ¡oh misera suerte!
Llegó veloz la nueva de tu muerte.

El tomo VI de *Impresiones de un viaje a América* se cierra con algunos párrafos dedicados al cura Cuervo, y en ellos se habla del poema que Gutiérrez de Alba escribió en homenaje del amigo, “algunos versos en que pretendía expresar más que otro sentimiento vano, la profunda simpatía y el intenso amor que el buen amigo y el virtuoso sacerdote habían sabido inspirarme” (GUTIÉRREZ DE ALBA, 2016, VI, p. 121). Lamenta Gutiérrez que los restos de alguien tan meritorio para su patria estén olvidados en la pequeña localidad donde murió, Lenguazaque, y se queja asimismo de la escasa repercusión que tuvo en los periódicos la muerte del “modesto estudioso”. Gutiérrez de Alba registra, no obstante, que su poema elegíaco apareció en casi todos los periódicos y le granjeó muchas felicitaciones de antiguos amigos del sacerdote.

El poema llegó a manos del cura de Lenguazaque, pariente de Romualdo Cuervo que lo cuidó durante sus últimos días de vida. Este cura, llamado Cuevas, escribió una afectuosa carta a Gutiérrez de Alba invitándolo a ir cuanto antes a Lenguazaque para visitar juntos la tumba de Cuervo y rendirle homenaje. Gutiérrez de Alba emprende su expedición a los estados del Norte el 19 de noviembre de 1871. Quiere conocer algunas curiosidades de estos territorios “y sobre todo”, dice Gutiérrez, “me inspiraba un interés vivísimo la idea de ir a depositar un tierno recuerdo sobre la tumba humilde de mi anciano y respetable amigo y compañero en la expedición a los Llanos, doctor D. Romualdo Cuervo” (GUTIÉRREZ DE ALBA, 2016, VI, p. 120). El 30 de noviembre, finalmente, Gutiérrez de Alba entra en el cementerio de Lenguazaque acompañado por Cuevas y por el resto del pueblo. Tras una solemne oración fúnebre del cura Cuevas, Gutiérrez de Alba declama el poema que escribió para su amigo, y que termina con estos versos:

No te lloré, porque mis tristes ojos
No tienen ya una lágrima siquiera.

¿Y de qué sirve el llanto a los despojos
De un hombre como tú? Muy justo fuera
Verterlo sobre aquel, cuya memoria
Queda con él por siempre sepultada;
Más tú dejas aquí rastros de gloria.
Descansa en paz, modesto y noble anciano;
Tu nombre venerable
Ocupará una página envidiable
En la historia del pueblo colombiano.

Una vez concluido el recitado del poema, Gutiérrez de Alba lee también públicamente por primera vez otros versos que escribió a petición del cura Cuevas: los seis versos que compondrán el epitafio de Romualdo Cuervo, los mismos que impresionarán a José Caicedo algunos años después.

4. Consideraciones finales

Todorov (2010), reflexionando sobre Hernán Cortés, se preguntaba consternado: si partimos de la premisa de que lo que se conoce se ama, ¿cómo es posible que en la conquista de México el conocimiento del otro se empleara como herramienta para la destrucción? Esta perplejidad de Todorov se debe a una actitud muy contemporánea ante la experiencia del viaje: solemos pensar en nuestros días que viajar es una actividad que proporciona crecimiento personal, tolerancia y respeto intercultural. Pero ya Séneca cuestionó en sus *Epístolas morales* que el viaje fuese un camino hacia la sabiduría cuando afirmó “¿De qué te sirve cambiar de paraje? ¿De qué el conocimiento de comarcas y ciudades? Todo eso no es más que inútil agitación”.

De hecho, la realidad histórica del viaje está frecuentemente vinculada al choque cultural, al conflicto y a la impermeabilidad de las miradas. Usualmente, el viajero busca transponer su conocimiento previo del mundo a las novedades que observa, a menudo con arrogancia, e incluso con violencia. ¿Siempre? Por fortuna, no. Al menos en algunas ocasiones el conocimiento del otro, el trato personal y el diálogo intercultural pueden rendir frutos esperanzadores. Es el caso que nos ocupa: el provechoso contacto humano entre Gutiérrez de Alba y Romualdo Cuervo en la Colombia del siglo XIX.

Gutiérrez de Alba y Cuervo compartían algunas características (ambos eran hombres blancos hispanohablantes) pero sus diferencias eran pronunciadas: pertenecían a países (España y Colombia) que aún no se

habían reconciliado desde la larga Guerra de Independencia; Gutiérrez de Alba era veinte años más joven que Cuervo; el español era escritor con tendencias políticas revolucionarias y anticlericales; Cuervo era sacerdote y naturalista.

En lo que respecta al cultivo de la literatura de viaje, el colombiano pertenecía a la escuela de Humboldt y los viajeros ilustrados, mientras que Gutiérrez de Alba se encuadra en el nuevo género de las “impresiones”, más centrado en la vivencia personal, más interesado en lo subjetivo que en lo objetivo, más literario que científico, hasta el punto de que el autor español reconoce en el prólogo de su obra que ha viajado “más como poeta que como geógrafo o naturalista” (GUTIÉRREZ DE ALBA, 2016, I, p. 5).

Aunque el papel de viajero y expedicionario que asumió Gutiérrez de Alba bien pudo ser al principio un disfraz, una ficción o impostura que escondía los intereses neocoloniales de su verdadera misión, lo cierto es que *Impresiones de un viaje a América* fue el resultado de un ambicioso proyecto personal independiente de los informes que el autor envió a Madrid¹². La obra de viajes de Gutiérrez de Alba no sirvió a los intereses de la antigua metrópoli, donde no encontró editor, permaneciendo inédita hasta el siglo XXI. Donde finalmente las *Impresiones* de Gutiérrez de Alba vieron la luz fue en Colombia, país en el que Villegas Editores publicó una edición antológica en 2012 y donde, en 2016, se puso a disposición del público global una excelente página web diseñada por Máquina Editorial por encargo del Banco de la República que incluye el material completo de Gutiérrez de Alba (textos y láminas) y estudios del historiador Efraín Sánchez. Es en Colombia, por tanto, donde esta obra de Gutiérrez de Alba ha acabado siendo más valorada y reconocida.

En cuanto al cura Cuervo, si bien aplicó sobre el territorio colombiano la metodología científica y los conocimientos heredados de Europa, sus viajes y estudios tampoco beneficiaron las aspiraciones neocolonialistas del Viejo Continente. Las motivaciones de Cuervo Rubiano eran, al menos en parte, declaradamente patrióticas o nacionalistas. Advertimos pues, que los trabajos de los dos viajeros terminaron confluyendo en un objetivo común: el conocimiento de la naturaleza y las gentes colombianas. Ambos contribuyeron al autoconocimiento de los colombianos de hoy. El tiempo ha acabado integrando las miradas de estos dos autores en

¹² “En la última carta-informe que Gutiérrez de Alba envía al ministro de Estado, con fecha de 6 de abril de 1872, relata que, aparte de cumplir con el objetivo fundamental que se le ha encomendado por tierras americanas, ha iniciado la tarea literaria de escribir una obra en la que se plasme todas sus impresiones al respecto” (CAMPOS, 2015, p. 145)

principio tan dispares. El entusiasmo compartido por el conocimiento y la aventura hizo posible la amistad entre estos viajeros de dos mundos.

A respecto de Gutiérrez de Alba, escribe su biógrafo, Campos Díaz:

Su permanencia en estas tierras durante casi catorce años (mayo de 1870 a diciembre de 1883) allanará, en gran parte, el camino que dio lugar a la firma del Tratado de Amistad entre los dos países en París, en enero de 1881. (CAMPOS, 2015, p. 10)

No podemos determinar el peso que tuvo Gutiérrez de Alba en la firma de ese Tratado de Amistad entre Colombia y España, pero no cabe duda de que la actitud de respeto y afecto que el poeta español demostró hacia el “modesto sabio” Romualdo Cuervo fue la adecuada para lograr tal fin.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CAICEDO ROJAS, José. *Apuntes de ranchería y otros escritos escogidos*. Bogotá: Ministerio de Educación de Colombia, 1945.

CAMPOS, J. M. José María Gutiérrez de Alba (1822-1897). *Biografía de un escritor viajero*. Tesis (Doctorado – Literatura española e hispanoamericana) – Universidad de Sevilla, Sevilla, 2015. 309 p. Disponible en: <https://idus.us.es/items/1f4224b8-456b-4c63-b65c-1b4d10752f25>

CHOZAS, Diego; ESPITIA PEDREROS, César Augusto. José María Vergara y Vergara y las vindicaciones literarias del Salto de Tequendama en la prensa periódica del siglo XIX. *Frontería*, v. 1, n. 1, Foz do Iguazú: Universidade Federal da Integração Latino-Americana, 2020. Disponible en: <https://revistas.unila.edu.br/litcomparada/article/view/1959>

CUERVO, J. R. El Hoyo del Viento. *Museo de cuadros de costumbres*. volumen III, Bogotá: F. Mantilla, 1866. Disponible en: <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll10/id/2512>.

GUTIÉRREZ DE ALBA, José María. *Impresiones de un viaje a América*. Tomos I, V, VI y VII. Bogotá: Banco de la República, 2016. Disponible en: <https://www.banrepcultural.org/impresiones-de-un-viaje/>

HOBBSAWM, Eric. *La era del capital (1848-1875)*. Barcelona: Crítica, 2007.

ORTIZ, Juan Francisco. El Salto del Tequendama. *Museo de cuadros de costumbres*, volumen I, Bogotá: F. Mantilla, 1866. Disponible en:

https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/128267

PRATT, Mary Louise. Ojos imperiales. *Literatura de viajes y transculturación*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2010.

TODOROV, Tzvetan. *La conquista de América: el problema del otro*. México D.F.: Siglo XXI Editores, 2010.